

Visita al Santísimo Sacramento Guardia de Honor

Una excelente forma de culto eucarístico, que debería cultivar asiduamente todo cristiano, es la **visita al Santísimo Sacramento**. Consiste en pasar unos instantes a los pies del Maestro, presente en el Sagrario, dejando expansionar libremente el corazón en fervoroso coloquio con Jesús, con gran amor al divino Sacramentado y con la confianza y sencillez de un hijo hacia su Padre amantísimo. Esta práctica es una de las más agradables a Dios y provechosas para nosotros, según la práctica y enseñanza de los Santos; y es también un deber del alma para consigo misma, para con Jesucristo y para con nuestro Padre celestial.

1° **Es un deber del alma para consigo misma:** pues en este valle de lágrimas, nuestra inteligencia necesita muchas veces *luces y consejo*, nuestro corazón necesita *apoyo y una amistad sincera y profunda*, y nuestra voluntad necesita *energía* para cumplir con su deber y renunciar a los placeres de esta vida. Todo ello lo concede bondadosamente el Corazón de Jesús a quienes saben recurrir con confianza al trono de gracia que es el Sagrario.

2° **Es un deber del alma para con Nuestro Señor:** • *deber de gratitud*, por haberse quedado entre nosotros y haber multiplicado para ello los milagros hasta lo inaudito, aun sabiendo de antemano la indiferencia y los ultrajes de que sería objeto; • *deber de amistad*, pues Jesús se quedó en el Sagrario para ser el Amigo que nunca falla, y las leyes más elementales de la amistad exigen que lo visitemos a menudo, que no lo dejemos solitario, que satisfagamos el deseo que tiene de amarnos y de ser amado; • *deber de reparación*, por la frialdad de muchos cristianos hacia este Sacramento de Amor, por el olvido de que es objeto en el Sagrario, y por las innumerables profanaciones y sacrilegios con que lo ultrajan las almas impías vendidas a Satanás.

3° **Es un deber del alma para con nuestro Padre celestial:** pues Jesús está en el Sagrario para servir de Mediador entre Dios y los hombres, y su Padre eterno le encomendó que se quedara allí hasta el fin de los siglos, para reparar con su humilde obediencia el honor divino que el orgullo de las criaturas le arrebató, para ofrecer a su Padre en nuestro nombre el tributo de gratitud y de adoración que le debemos, para recibir y presentar allí a su Padre nuestras súplicas, y para ofrecernos de parte de su Padre el perdón de nuestros pecados.

Esta visita al Santísimo puede practicarse bajo forma de **Guardia de honor**. ¿En qué consiste? En comprometerse personalmente en *visitar al Santísimo Sacramento cada semana para acompañarlo durante una hora, dedicándole ese*

tiempo con un afectuoso coloquio en el que se le piden a Jesús Sacramentado todas las gracias necesarias para santificarse y salvarse. A fin de estimular a todos los fieles a esta fructuosa práctica, facilitamos a continuación algunos textos que puedan ayudar a mantener esa piadosa conversación semanal con el divino Sacramentado.

1º Oración de San Alfonso María de Ligorio al Santísimo Sacramento.

Señor mío Jesucristo, que por amor a los hombres estáis día y noche en ese Sacramento, lleno de misericordia y amor, esperando, llamando y acogiendo a cuantos vienen a visitaros; creo que estáis presente en el Santísimo Sacramento del Altar, os adoro desde el abismo de mi nada, y os doy gracias por todos los beneficios que me habéis hecho, especialmente por haberos dado todo a mí en este Sacramento, por haberme concedido por abogada a María, vuestra Madre santísima, y por haberme llamado a visitaros en este lugar santo.

Saludo hoy a vuestro amantísimo Corazón, y es mi intención saludarlo por tres fines: el primero, para daros gracias por tan insigne don; el segundo, para reparar las injurias que habéis recibido de todos vuestros enemigos en este Sacramento; y el tercero, para adoraros desde aquí en esta visita, en todos los lugares de la tierra donde estáis sacramentado con menos culto y más abandono.

Jesús mío, os amo con todo mi corazón. Me arrepiento de haber ofendido tantas veces en mi vida pasada a vuestra Bondad infinita. Propongo mediante vuestra gracia nunca más ofenderos; y ahora, miserable como soy, me consagro enteramente a Vos, renuncio a mi voluntad, a mis afectos, a mis deseos, a todo lo que me pertenece, y os hago de ello donación. En adelante haced de mí y de todas mis cosas cuanto os plazca. No os pido ni quiero otra cosa que vuestro santo amor, la perseverancia final y el perfecto cumplimiento de vuestra voluntad.

Os recomiendo las almas del Purgatorio, y en particular las más devotas del Santísimo Sacramento y de María Santísima. Os encomiendo también todos los pobres pecadores. Por fin, oh amabilísimo Salvador mío, uno todos mis afectos a los de vuestro amantísimo Corazón, y así unidos los ofrezco a vuestro eterno Padre, pidiéndole en vuestro nombre que se digne aceptarlos, y oiga mis súplicas por amor vuestro. Amén.

2º Quince minutos en compañía de Jesús Sacramentado.

Imagínate que es Nuestro Señor Jesucristo quien te dice estas palabras, quien te hace estas preguntas, y después de cada una o de algunas de ellas, reflexiona un momento y dale contestación.

No es preciso, hijo mío, saber mucho para agradarme mucho; basta que me ames con fervor. Háblame, pues, aquí sencillamente, como hablarías al amigo más íntimo, como hablarías a tu madre, a tu hermano.

1º ¿Necesitas hacerme en favor de alguien una súplica cualquiera? Dime su nombre, bien sea el de tus padres, bien el de tus hermanos y amigos; dime enseguida qué quisieras que hiciese actualmente por ellos. Pide mucho, mucho; no vaciles en pedir; me gustan los corazones generosos, que llegan a olvidarse en cierto modo de sí mismos, para atender a las necesidades ajenas. Háblame así, con sencillez, con llaneza, de los pobres a quienes quieres consolar, de los enfermos a quienes ves padecer, de los extraviados que anhelas volver al buen camino, de los amigos ausentes que quisieras ver otra vez a tu lado. Dime por todos una palabra siquiera, pero que sea palabra entrañable y fervorosa. Recuérdame que he prometido escuchar toda súplica que salga del corazón, y ¿no ha de salir del corazón el ruego que me dirijas por aquellos que tu corazón más especialmente ama?

2º Y para ti, ¿no necesitas alguna gracia? Hazme, si quieres, una como lista de tus necesidades, y ven, léela en mi presencia. Dime francamente que sientes orgullo, amor a la sensualidad y al regalo; que eres tal vez egoísta, inconstante, negligente, esclavo de la moda..., y pídemelo luego que venga en ayuda de los esfuerzos, pocos o muchos, que hagas para alejarte de tales miserias. No te avergüences, pobre alma. ¡Hay en el cielo tantos justos, tantos Santos de primer orden, que tuvieron esos mismos defectos! Pero rogaron con humildad..., y poco a poco se vieron libres de ellos.

Ni menos vaciles en pedirme bienes espirituales y corporales: salud, memoria, éxito feliz en tus trabajos, negocios o estudios... Todo eso puedo darte, y lo doy, y deseo que me lo pidas en cuanto no se oponga, antes favorezca y ayude, a tu santificación. Hoy por hoy, ¿qué necesitas?, ¿qué puedo hacer por tu bien? ¡Si supieras los deseos que tengo de favorecerte!

3º ¿Traes ahora mismo entre manos algún proyecto? Cuéntamelo todo minuciosamente. ¿Qué te preocupa?, ¿qué piensas?, ¿qué deseas?, ¿qué quieres que haga por tus padres, por tus hermanos, por tus hijos, por tus amigos, por tus superiores?, ¿qué desearías hacer por ellos?

Y por Mí, ¿no sientes deseos de mi gloria? ¿No quisieras hacer algún bien a tus prójimos, a tus amigos, a quienes amas tal vez más de lo justo, y que viven quizá olvidados de Mí? Dime qué cosa llama hoy particularmente tu atención, qué anhelas más vivamente, y con qué medios cuentas para conseguirlo. Dime si te sale mal tu empresa, y Yo te diré las causas del mal éxito. ¿No quisieras que me interesase algo en tu favor?

Hijo mío, soy dueño de los corazones, y dulcemente los llevo, sin perjuicio de su libertad, donde me place.

4º ¿Sientes acaso tristeza o mal humor? Cuéntame, cuéntame, alma desconsolada, tus congojas con todos sus pormenores. ¿Quién te hirió?, ¿quién lastimó tu amor propio?, ¿quién te ha menospreciado? Acércate a mi Corazón, que tiene bálsamo eficaz para curar todas esas heridas del tuyo. Dame cuenta de todo, y acabarás en breve declarándome que, a semejanza de Mí, todo lo perdonas, todo lo olvidas, y en pago recibirás mi consoladora bendición.

¿Temas por ventura? ¿Sientes en tu alma aquellas vagas melancolías, que no por ser infundadas dejan de ser desgarradoras? Échate en brazos de mi Providencia. Contigo estoy; ahí, a tu lado me tienes; todo lo veo, todo lo oigo, ni un momento te desamparo. ¿Sientes desvío de parte de personas que antes te quisieron bien, y ahora, olvidadas, se alejan de ti, sin que les hayas dado el menor motivo? Ruega por ellas, y Yo las volveré a tu lado, si no han de ser obstáculos para tu santificación.

5º ¿Y no tienes tal vez alegría alguna que comunicarme? ¿Por qué no me haces partícipe de ella a fuer de buen amigo? Cuéntame lo que desde ayer, desde la última visita que me hiciste, ha consolado y hecho como sonreír tu corazón. Quizá has tenido agradables sorpresas, quizá has visto disipados negros recelos, quizá has recibido felices noticias, una carta, una muestra de cariño; has vencido una dificultad, o salido de algún lance apurado... Obra mía es todo eso, y Yo te lo he proporcionado. ¿Por qué no has de manifestarme por ello tu gratitud, y decirme sencillamente, como el hijo a su padre: «*Gracias, padre mío, gracias*»? El agradecimiento trae consigo nuevos beneficios, porque al bienhechor le agrada verse correspondido.

6º ¿Tampoco tienes promesa alguna que hacerme? Leo, ya lo sabes, el fondo de tu corazón. A los hombres se los engaña fácilmente, a Dios no. Háblame, pues, con toda sinceridad: ¿Tienes firme resolución de no exponerte ya más a aquella ocasión de pecado?, ¿de privarte de aquel objeto que te dañó?, ¿de no leer más aquel libro que exaltó tu imaginación?, ¿de no tratar más a aquella persona que turbó la paz de tu alma? ¿Volverás a ser dulce, amable y condescendiente con aquella otra persona a quien, por haberte faltado, has mirado hasta hoy como enemiga?

Basta ya, hijo mío; vuelve ahora a tus ocupaciones habituales, al taller, a la familia, al estudio..., pero no olvides los quince minutos de grata conversación que hemos tenido aquí los dos, en la soledad del santuario. Guarda cuanto puedas silencio, modestia, recogimiento, resignación, caridad con el prójimo. Ama a mi Madre, que lo es también tuya, la Virgen Santísima, y vuelve otra vez mañana, con el corazón más amoroso todavía, más entregado a mi servicio. En mi Corazón encontrarás cada día nuevo amor, nuevos beneficios, nuevos consuelos.

3º Comunión espiritual.

Creo, Jesús mío, que estáis presente en el Santísimo Sacramento del Altar; os amo con todo mi corazón y sobre todas las cosas, y deseo ardientemente recibirlos dentro de mi alma. Y ya que no puedo hacerlo ahora sacramentalmente, venid a lo menos espiritualmente a mi corazón. Como si ya os hubiese recibido, os abrazo y me uno del todo a Vos. No permitáis, Señor, que jamás vuelva a separarme de Vos.